

# LUIS DE LA CRUZ Y RÍOS

Don Luis de la Cruz y Ríos nació el 25 de junio de 1776 en el Puerto de la Cruz, en cuya iglesia de Nuestra Señora de la Peña de Francia fue bautizado el día 26 del mismo mes, por Fray Sebastián de Vera, definidor de la Orden de San Francisco. Se le puso por nombre Luis Gonzaga Paulino de San José y fue padrino Don Antonio de Abero.

Sus padres fueron Don Manuel Antonio de la Cruz y Doña Juana Nepomuceno Ríos. —ambos naturales de esta ciudad del Puerto de la Orotava—, su padre fue su primer profesor de pintura y más tarde perfeccionó sus estudios con el pintor canario Juan de Miranda. Un 19 de enero de 1796 contrae matrimonio con Francisca Casañas de Castro, de cuya unión nacieron seis hijos, cinco hembras y un varón.

A los veintidós años embarcó para Las Palmas acompañando al gran imaginero canario Luján Pérez; es probable que fuese con él su padre, ya que éste colaboraba con Luján en el estofado y policromado de sus imágenes. De este escultor existen en la Parroquia de la Peña de Francia varias tallas, como son el San Juan Evangelista, la Dolorosa y el Santo Domingo —que se encuentra en la capilla bautismal—. Parece ser que don Luis se hospedó en casa de Luján algún tiempo, desde fines de 1798 hasta mediados de 1799. Durante esta época copia algunos cuadros de los existentes en aquella catedral de Santa Ana y pinta directamente dos retratos del obispo Don Manuel Verdugo.

También estuvo en Lanzarote, probablemente acompañando a su padre, atribuyéndosele el cuadro de Animas de san Ginés, del que no se ha encontrado ni firma ni cita documental alguna.

El Puerto de la Orotava desempeñó un papel importantísimo en esta época en la que vivió don Luis de la Cruz ya fuera por su situación estratégica, como por su excelente producción vinícola que le hacía figurar en el extranjero como el pueblo más floreciente y próspero del Archipiélago; y así leemos en un documento de la época: “El Puerto de la Orotava es el segundo de las islas de Canaria, no precisamente por su población, sino por el grande comercio que hacen los vecinos con los vinos de la circunferencia.

Todos los años se acopian en el Puerto de cinco a seis mil pipas de vino, con cuyo fruto se logran de Inglaterra muchos artículos de primera necesidad, de conveniencia y de placer”. Ese carácter de puerta abierta al comercio y a los intercambios de todo tipo queda reflejado en una carta que le mandó el Inquisidor de Canarias al de Madrid: “Los habitantes de la isla de Tenerife son gente amiga de novedades grandemente facilitadas por el movimiento comercial y por la residencia que en la isla tienen mercaderes de muchos países, especialmente

en el Puerto de la Orotava, la puerta más difícil de guardar de todo el Archipiélago”. Aquí vivía nuestro pintor y su iniciación en el arte de la miniatura pudiera haber nacido de su amistad con los comerciantes ingleses que las recibían de Londres. Don Luis llegó a familiarizarse con estos “botones iluminados”, que llegarían a este Puerto como resultado de ese intercambio de la malvasía que se exportaba. Es en este arte de “lo pequeño” lo que distinguiría a don Luis en los primeros años de mil ochocientos ejecutando retratos, a tamaño natural y



en miniatura, de los que se decía sacaba un buen parecido.

Nuestro pintor perteneció a las Milicias Canarias, en las que ingresó como oficial de artillería en 1800. En 1804 es subteniente, en 1810, teniente, y castellano de la fortaleza de Santa Bárbara, batería ésta que se encontraba en el muelle de su ciudad natal; en 1815 es teniente de la primera compañía del regimiento provincial de Güímar; pasando más tarde al arma de infantería, y llegando al grado de teniente coronel, cargo que se especifica en su partida de defunción, expedida en Antequera, Málaga, el 20 de julio de 1853.

El 22 de noviembre de 1807 es elegido alcalde real del Puerto de la Cruz, jurando el cargo ante el escribano José Álvarez de Ledesma. Al hacerse cargo de la alcaldía dispone que se destruyan cuantos retratos del emperador Napoleón I existiesen en el Puerto. A este respecto, parece ser que sólo respetó uno, y esto, debido a que había sido pintado por su maestro Juan de Miranda.

El 11 de agosto de 1808 manda un escrito a la Junta Suprema de Canarias, en el que le dice que ha elaborado un grabado de Fernando VII, tomando como modelo un retrato del monarca que había llegado en un barco procedente de Cádiz y que bien podrían hacerse copias y difundirse por toda la isla, a lo que dicha Junta contesta dándole las gracias y ofreciéndole ayuda para su noble empeño.

El pintor cesa como alcalde real en el mes de diciembre de 1808, aunque más tarde volvería a ejercer su cargo en 1814 —durante un mes y seis días—, desde el 25 de noviembre al 31 de diciembre.

El 20 de abril de 1810 solicita la plaza de profesor de la Escuela de Dibujo del Real Consulado de Mar en La Laguna, cosa que se le admite y hacia allá marcha don Luis con su familia, aunque no puede tomar posesión de su cargo enseguida por no tener preparada el aula, ni disponer de los materiales necesarios; en vista de lo cual baja a Santa Cruz con objeto de concluir algunos retratos que tenía pendientes. Hasta 1812 don Luis no toma posesión efectiva de su cargo, comenzando las clases el 6 de abril de ese mismo año.

Durante su magisterio —que duró dos años— fue muy apreciado, y leemos en documentos de la época que sus alumnos mostraban unos grandes adelantos.

Pero nuestro pintor era ambicioso y aspiraba a algo más. No

quería ser —como tantos otros— un artista del entorno insular. Su mirada la tenía puesta mucho más lejos, quería llegar a la Corte. El 10 de agosto de 1814 le envía un memorial al Rey en el que le expone sus méritos y su deseo de retratarle personalmente, solicitando licencia para ello.

El 12 de enero de 1815 llega la contestación afirmativa a su ruego y se dispone para partir, con su familia, dejando los pocos bienes de que disponía a cargo de don Lorenzo de Montemayor y Roo, secretario del Real Consulado de Mar. Embarcando por fin para la Península desde el Puerto de Santa Cruz de Tenerife, el día 26 de mayo de 1815.

Artes de San Fernando, quedando tan sorprendidos sus profesores que enseguida lo nombraron sustituto de uno de ellos. Esta afirmación no se puede demostrar ni parece muy creíble, debido a que "El Canario" —como pronto se le apodó— no contaba entre sus muchas virtudes la de ser muy humilde, y, en sus memoriales al Rey, nunca nos da testimonio de ello.

Pronto tuvo la ocasión de retratar al Deseado y a la Reina María Isabel de Braganza, gran protectora de las artes, y que le encargó varias miniaturas. Este favor real le permitió trabajar para la Corte, realizando numerosos retratos miniados, lo que le dio numerosa fama y prestigio. Esto le valió realizar miniatu-



Don Luis llega a Madrid el 15 de junio de ese mismo año, habiendo dejado a su familia en Sevilla por habérsele agotado su caudal económico.

Según un autor anónimo, Luis de la Cruz, recién llegado a Madrid, ingresa en la Academia de Bellas

ras, a partir de 1817, para ser engastadas en las cajas tabaqueras y objetos semejantes que los Reyes solían ofrecer a los embajadores extranjeros como regalo de despedida o con motivo de la firma de tratados.

El 24 de noviembre de 1815 di-

rige una instancia al Rey en la que solicita se le nombre pintor de Cámara. Pronto le llega el nombramiento y jura el cargo el 29 de abril de 1816 ante el marqués de Ariza y Estepa.

Pero con sólo los honores no era posible mantener esposa y seis hijos, por lo que solicita los emolumentos de pintor efectivo. Pasan los años y no recibe contestación a sus peticiones, viviendo mientras de los encargos que recibía, ya que nunca —a pesar de sus reiterados fracasos— interrumpió sus relaciones con la Corte, realizando numerosos retratos en miniatura de todos los cortesanos; llegando incluso a pintar dos retratos de tamaño natural de la cuarta esposa del rey Fernando VII, doña María Cristina de las Dos Sicilias.

Por fin sus deseos se vieron logrados, pero no fue —como había esperar— pagándole como pintor de Cámara, sino dándole el cargo de Vista de la Aduana de Sevilla. A este primer cargo retribuido le siguieron otros honoríficos: Secretario honorario de su Majestad y, a lo que parece, teniente coronel de las Milicias Provinciales. Pero, para su desgracia, sobrevino el triunfo liberal y fue declarado cesante de su empleo.

En 1837 se dirige a la Reina desde Cádiz en un documento en el cual afirma que "habiendo sido despojado hace más de un año del destino que a fuerza de servicios y sacrificios había merecido de la Real Munificencia, no le ha quedado más recurso para subsistir en su avanzada edad y para mantener su dilatada familia que usar de nuevo del noble arte de la pintura y deseando ver las mejores obras de este ramo como asimismo conocer los profesores más célebres existentes en los países extranjeros que estén en buena armonía con el gobierno español, suplica se digne concederle su real permiso para viajar por dos años". Este permiso se le llegó a conceder pero, a ciencia cierta, no sabemos si "El Canario" llegó por fin a viajar.

En 1842 se dirige de nuevo a la Reina, solicitando una modesta jubilación por anciano e impedido, ya que contaba con 56 años, que para aquella época era una edad muy respetable.

En 1850 la Academia de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife lo nombra socio honorario, comunicándole el nombramiento y pidiéndole una obra y su autorretrato para colocarlos en la sala de la Academia. Don Luis contestó a la carta refiriéndoles su mal estado de sa-



lud, que le impedía trabajar; sin embargo —afirma—, que haría el esfuerzo de intentar hacer su autorretrato.

En 1854 se le ofrece a dicha Academia como profesor de pintura, exponiéndole la nostalgia de su tierra natal, y mostrándose deseoso de volver a ella. Veinticuatro años antes, El Canario había intentado retornar a su patria, hecho que nunca llegó a realizar. La Academia le participa que había creado para él una cátedra de pintura —ocurría esto en febrero de 1853—; pues bien, don Luis nunca llegó a disfrutarla, porque expiró en Antequera, Málaga, en julio de ese mismo año.

En don Luis de la Cruz y Ríos podemos apreciar claramente dos etapas: una primera etapa canaria y que dura hasta 1815, y una segunda etapa peninsular, que abarca hasta 1853, año de su muerte.

**Etapas Canarias.**— En esta etapa notamos claramente la influencia

de su padre y la de Juan de Miranda, que se puede apreciar claramente en los lienzos colocados en el segundo cuerpo y ático del retablo del Gran Poder de Dios en la Parroquia de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Estos cuatro lienzos representan: la Transfiguración, Cristo caminando sobre las aguas, la resurrección de Lázaro y, Cristo y la Samaritana. Esta influencia se puede ver en la actitud de los personajes, los escorzos, el movimiento de las vestiduras y las caras, sobre todo el rostro de la Samaritana que nos recuerda mucho a una obra suya.

De esta etapa canaria una cosa que debemos tener muy en cuenta es su labor miniaturessca, hecho éste que marcará para siempre su pintura, ya que no se librará de esa minuciosidad ni siquiera al final de su vida, cuando está de moda en Europa el Romanticismo, y que de alguna manera influyó también en El Canario. Este detallismo y preo-



Su paleta emplea una mayor gama de colores, ganando en luminosidad y brillantez. Se preocupará mucho por los detalles de los ropajes —cuidando al máximo hasta los más ínfimos adornos—, y guardando una cierta similitud con Vicente López.

El cuerpo de sus retratados ya no será un mero pretexto para colocar el rostro y las manos, sino que presenta un mayor sentido volumétrico y una actitud mucho menos forzada.

En Madrid don Luis se consagra como uno de los mejores miniaturistas de su tiempo —si no el mejor—, retratando pródigamente a los cortesanos y a los mismísimos reyes, retratos éstos que ponen en evidencia su elegante y correcta factura.

En definitiva, don Luis de la Cruz y Ríos merece un lugar distinguido entre los mejores retratistas españoles del siglo XIX, y pudo, a pesar de las influencias que recibiría en la Corte, mantener un estilo que, aunque le falte la grandilocuencia y la pasión de aquellos grandes maestros, demuestra una sobriedad y una sencillez profundamente canaria.

PATRICIO HERNANDEZ DIAZ

ocupación por la línea se observa en su producción religiosa.

Sus retratos de tamaño natural muestran también este hecho, y así se pone de manifiesto una gran preocupación en el rostro y en las manos, acusando el resto una menor preocupación, haciendo uso asimétrico de unos tonos ocres y grises.

**Etapas peninsular.**— En esta segunda etapa don Luis alcanzó fama como miniaturista, debido quizás a que en España nunca había habido artistas de verdadera talla en ese arte, y ya sabemos —como antes apunté— que El Canario conocía muy bien las miniaturas que llegaban al Puerto a manos de los comerciantes ingleses instalados allí. Quizás sea esta causa la que ha hecho que su reputación como pintor de caballete haya quedado relegada a un segundo término. Es en este campo donde nuestro pintor recibe más influencias, a saber: oscila entre la tradición, el Neoclasicismo, el Romanticismo y Goya; sin olvidarnos de la influencia de su etapa canaria y su labor miniaturista.

